cho en aquella hermosa finca, tan extensa que en la parte de bosque y matorral había bastantes ciervos, cuyos balidos me entusiasmaban á mí y corría detrás de ellos hasta que me cansaba y volvía á la casa. Sir Cuthbert, hijo de sir Matthew que mandó edificar la casa, había reunido una gran colección de libros raros, que mi madre me permitía examinar y leer, los días lluviosos que no podía yo correr por el parque. La mayor parte de estos libros eran de gran tamaño, y con muchas láminas y grabados de todas clases, con cuyo examen pasaba yo muy buenos ratos al lado de mi madre.

La habitación donde estaba la biblioteca era enorme de grande; había muchas ventanas con grandes cortinones de damasco, y cuadros muy buenos por las paredes; todo esto parece que lo estoy viendo ahora á pesar del tiempo que ha transcurrido.

VI

El colegio donde me metió mi madre era de lo mejorcito que permitía la localidad de Bladesover. Las escuelas públicas se habían establecido en los primeros albores del Renacimiento, y á ellas iban solamente los muchachos de las familias principales, porque los de las clases pobres se suponía que no tenían necesidad de ir á la escuela. Mi colegio era muy malo, lóbrego y sucio, pero para lo que pagaba de pensión resultaba bastante bueno, y no me explico cómo su dueño lo podía mantener.

El tiempo que estuve en este colegio no lo pasé, que yo recuerde, muy mal; al contrario, me divertí bastante con mis compañeros, porque no faltaban juegos ni riñas, sobre todo riñas, que estaban entonces á la orden del día, y á cada momento salimos uno ú otro descalabrados. El director y propietario del colegio nos explicaba aritmética y algebra, y á otros muchachos de más edad les explicaba también trigonometría, así es que la enseñanza

no era del todo mala para lo que se enseñaba en aquel tiempo.

En aquel colegio teníamos un privilegio inestimable, que era el completo abandono espiritual; parecíamos indios pieles rojas, por la gran libertad que teníamos respecto á las prácticas religiosas. Los domingos corríamos por aquellos alrededores desenfrenadamente, y gastabamos en la aldea inmediata los pocos peniques que teníamos en carretillas y petardos, ó en algún papelucho con monigotes, mal escrito y peor dibujado; comprabamos por lo regular uno que llevaba por título *Boys of England*. Por aquella parte de Kent había por entonces muy buenas huertas, que nosotros asaltabamos para robar fruta y cometer otras muchas diabluras. Mi condiscípulo Roots, que era de Highbuny, se trajo de su casa escondido un revólver y varias cápsulas, y á los dos ó tres disparos que hizo en el campo un día de fiesta, se rompió un dedo y se chumascó la cara. Entre mis compañeros de colegio había una que se llamaba Rickmann Ewart, que hoy es un buen artista, con el que intimé mucho; eramos muy buenos amigos desde que le hice una traducción de Vathek...

VII

Poco después vino mi trágica desgracia, cuando apenas había cumplido los catorce años de edad.

Sucedió esto durante las vacaciones de verano, y la ocasionó la honorable Beatriz Normandy, que como vulgarmente se dice se presentó en mi camino.

Era una muchachita de ocho años que vino con su haya Nannie, mujer que á mi no me gustaba ni poco ni mucho, á la casa donde estaba mi madre, y tomaba el té con nosotros. Aquella irrupción nos disgustaba á todos, sobre todo á mi madre, por la mucha molestia que le daban. Nannie era una mujer morena, alta y seca, tenía más de hombre que de mujer, y no pensaba más que en servir con devoción ciega á sus amos, de los que

esperaba que le asegurarían la vejez; para ella no había en el mundo más que sus amos y el cuidado de su señorita Beatriz, que condescendía con las rarezas de su haya.

Beatriz era una niña encantadora, de tez sonrosada y hermosos ojos y yo llegué á conocerla tan íntimamente que puedo dar hoy detalles de ella que hubieran pasado desapercibidos por ustedes si la hubieran conocido. Comprendí muy pronto que la única persona interesante para ella de las que nos sentábamos á la mesa era yo, porque del señor Rabbits no hacía caso, ni lo miraba siquiera, mientras que á mí no me quitaba la vista de encima, hasta tal punto que me desconcertaba completamente con sus insistentes miradas. Una tarde estábamos como de costumbre tomando el té cuando exclamó:

— Nannie — y Nannie dejó á mi madre con la palabra en la boca para atender á ella; — ¿es criadito? — dijo señalándome á mí.

— Isss, — dijo Nannie. — Es el señor Ponderevo.

— ¿Pero es un criadito? — repitió Beatriz.

— Es estudiante — dijo mi madre.

— ¿Entonces podré hablar con él, Nannie?

Nannie se quedó un momento examinándome con aire de brutal inhumanidad, y luego contestó á su señorita:

— Sí, podéis hablar, pero no mucho. No, — volvió á decir constestando á otra pregunta que le hizo la niña en voz baja.

Beatriz se sonrió y comenzó á examinarme con más detenimiento que antes.

— Tiene las manos sucias y un arañazo en el cuello, — dijo de pronto sin dejar de comer dulces.

Sentí muchísimo la salida de la muchachita, y desde aquel momento me propuse presentarme en la mesa de modo que pudiera llamarle la atención. Sin que me lo ordenara mi madre me lavé bien las manos, la primera vez en mi vida que lo hacía sin que me lo mandaran, y me aseé todo lo que pude.

Desde este día conversé con Beatriz; y por haber cogido la niña un constipado que la retuvo unos días en su habitación, pude subir á verla después de haberselo pedido á su niñera con insistencia. Me dijo Nannie que la señorita deseaba verme, porque se aburría sola en su cuarto, y yo entré con mucho gusto y pasé toda una tarde entretenido con sus bonitos y costosos juguetes. Nannie nos dejó solos en el cuarto, y yo me encontraba allí con la aristocrática señorita, como el pez en el agua. Era la primera vez que jugaba yo con una niña tan guapita como Beatriz, y ella me trataba como si fuera yo alguno de sus juguetes. El caso fué que aquella noche durmió muy bien, según confesión de Nannie, y se restableció en dos ó tres días. La niña era muy despierta, y le dijo á lady Drew y á mi madre, que le gustaban mucho mis maneras, y que deseaba jugar conmigo todos los días aunque no fuera nada más que un par de horas, y desde entonces ya no me separaba de ella en todo el día; siempre ibamos el uno detrás del otro, y para mí era aquella niña un juguete preciosísimo no visto antes.

Pasaron las vacaciones y tuve que volver al colegio, y al llegar le supliqué á mi compañero Ewart que me hablara de asuntos amorosos, porque aquéllo me gustaba ahora mucho más que la que hacíamos antes.

Vinieron otras vacaciones y volví á jugar con Beatriz pero, después vino también mi desventura, mi verdadera desgracia.

VIII

Voy á escribir ahora todo lo que me pasó; procuraré ordenar las cosas lo mejor posible, porque encuentro, por primera vez en mi vida, que la memoria es una cosa muy inconstante é irracional. Recuerda uno de los actos y no recuerda los motivos; recuerda uno vivamente los momentos que se man-

tienen inexplicables; cosas que flotan en el aire, pero que no tienen ligazón unas con otras, y que no conducen á nada. Creo que en mis segundas vacaciones debí ver á Beatriz y á su hermanastro varias veces en Bladesover, pero realmente no puedo recordar muy bien la calidad de las circunstancias. La gran crisis de mi infancia se mantiene viva como cosa efectiva, como cosa principal para mí, pero cuando trato de buscar los detalles — particularmente los detalles que se relacionan con las crisis — no puedo encontrarlos de ningún modo completamente desarrollados. Este hermanastro, que se llamaba Archie Garvell, fué un nuevo factor en el asunto que traigo entre manos. Recuerdo muy bien que era un muchacho rubio, de mirada recelosa, flacucho y mucho más alto que yo; y recuerdo también que nos odiabamos los dos por instinto desde que nos vimos por primera vez; pero no puedo recordar dónde le ví la vez primera.

Entre los innumerables primos de lady Drew, había varios candidatos á la posesión de Bladesover, pero la anciana señora de aquella gran finca no se inclinaba ni por uno ni por otro; se mantenía impasible sin insinuar siquiera ni remotamente quién heredaría sus propiedades cuando muriera. Entre el número de los pretendientes se encontraba lord Osprey, á quien la apergaminada señora demostraba más aprecio que á los demás parientes, porque era pobre; pero yo creo que lo hacía por la necesidad en que se hallaba de tener á su alrededor algunas personas que le tuvieran cariño. Nannie había dejado este mundo casi precipitadamente, y Beatriz estaba ahora al cuidado de una señora joven muy amable, cuyo nombre no llegué nunca á saber, que era hija de un militar. Beatriz seguía esta segunda vez de mis vacaciones buscándome por todas partes para jugar y correr por los extensos jardínes, como jugabamos y corríamos antes.

A los catorce años de edad entendía yo ya algo de asuntos de amor; sabía positivamente que estaba enamorado de Beatriz, y que Beatriz lo estaba de mí. Los que dicen que á esa edad á que me refiero no se sabe una palabra de lo que es el amor ni se siente nada, lo hacen porque es decente y conveniente que lo digan, pero yo no puedo por menos de decir aquí que Beatriz y yo nos amabamos mucho aun siendo tan niños, y que nos besabamos y abrazabamos cuando estabamos solos.

Recuerdo perfectamente la conversación que tuvimos los dos un día que nos metimos entre unos árboles muy espesos, cuyas caídas ramas formaban como una bóveda donde podíamos estar sin que nos viera nadie. La conversación fué muy sería, ¡ya lo creo! como que hablamos de mi posición social y de otras muchas cosas.

— Yo no quiero á Archie, — dijo ella de pronto sin venir á cuento, y sin que yo le preguntara nada de esto; y acercando mucho su boca á mi cara me dijo en seguido en voz muy bajita; — ¡quiero á ti mucho, mucho!

Pero antes de esto se había estado cerciorando de que yo no era criado de casa ni lo sería nunca de nadie.

— Oye, no serás nunca criado, ¿eh?

Me apresuré á contestarle que en mi vida sería yo tal cosa; se lo juré por dos ó tres veces.

— ¿Qué serás? — me preguntó de pronto.

Me puse á pasar revista mentalmente á las profesiones.

— ¿Serás militar? — volvió á preguntar al ver que yo tardaba en contestar.

— No sé, puede ser que sea marino, — le dije yo por último.

— ¿Te gustan los combates?

— ¡Ya lo creo que me gustan! yo no tengo miedo ni le temo á nadie.

Y al decir esto le confesé que yo era pobre, y por eso deseaba entrar en la armada, porque sabiendo matemáticas podía llegar á ser algo, y entonces le puse el ejemplo de Nelson, y le pinté el

gran porvenir que tenía yo en las azuladas aguas del mar.

— Nelson amó mucho á lady Heamilton, — dije yo, — aunque era una verdadera señora, y yo te amo á ti.

A todo esto nos habíamos puesto tan juntitos los dos que ya no lo podíamos estar más, y cuando oímos las voces de la egregia institutriz que gritaba desesperadamente: «¡Beatriz! ¡Beatriz!», mi compañera exclamó indignada:

— ¡Qué bestia que es esa mujer! ¡Ven aquí, ven! — dijo á continuación cogiéndome del brazo para internarnos más en el matorral, y acercando mucho su cara á la mía me dijo callandito:

— Mira, tú eres mi fiel amante, ¿lo sabes?

— Soy tu humilde y fiel amante, — le contesté en el mismo tono de voz.

Aun no había terminado yo de pronunciar estas últimas palabras cuando me echó los brazos al cuello y comenzó á besarme con verdadera pasión, y aunque yo era un muchacho principiaron á temblarme las piernas y la besé tanto como ella me besó á mí.

— ¡Beaaatriz!... — la voz se oía ahora más cerca y mi dama salió escapada de entre los jarales, sofocada, con el cabello desordenado y con un zapato en la mano que se le había caído.

Me mantuve allí agazapado, y oí las reprensiones de la institutriz y las palabras entrecortadas y vacilantes de Beatriz, que no acertaba á explicar el estado de sofocación en que se hallaba ni lo que había estado haciendo en el matorral.

Recuerdo también que otro día nos metimos en el pinar que había en la parte Oeste de la finca, pero esta vez venía con nosotros su hermanastro, que me era sumamente antipático. Estuvimos jugando á los indios, que consistía en correr uno detrás de otro; y tanto corrimos que por fin nos metimos Beatriz y yo en una espesura del bosque y le dejamos plantado sin saber por donde tirar. Allí nos abrazamos y besamos repetidas veces, y tan entusiasmados estábamos en este agradable entretenimiento, que sin advertirlo nos metimos en un terreno muy humedo y blando, de donde salimos como Dios nos dió á entender; y allí nos cogió su hermanastro después de mucho buscar por el bosque.

Archie y yo comenzamos entonces á discutir sobre el juego que consistiría en quién sería dueño de Beatriz. Recuerdo que le hice una proposición muy aceptable, pero á él no le gustó: yo sería un noble español, ella sería mi esposa y él representaría á una tribu de indios que trataría de robármela, pero Archie se ofendió al oir esto y exclamó indignado:

— ¡Eso no puede ser!

— ¿Que no puede ser? — dije yo.

— Tú no puedes hacer de caballero, porque no lo eres, y Beatriz no puede ser tu esposa, porque eso es un absurdo, una impertinencia, ¿lo oyes? una impertinencia.

— Pero... — dije yo, y me quedé mirando á Beatriz.

— Te permitimos que juegues con nosotros, — dijo entonces Archie, — pero no podemos hacer eso que tu dices.

— ¡Qué tontería! — exclamó Beatriz; — si él quiere puede hacerlo, ya lo sabes.

Se conformó entonces Archie, mas á los tres ó cuatro minutos empezó de nuevo á poner dificultades y á decir que aquello no podía ser.

— Mira, no quiero que juegues con nosotros, — me dijo poniéndose muy serio.

— Jugará, quieras ó no — contestó Beatriz.

— Pues yo no quiero que juegue, — dijo Archie acercándose más á mí en actitud amenazadora.

Dí un paso hacia atrás, y me dispuse á repeler el ataque que no se hizo de esperar, pues en aquel momento se echó sobre mí y me dió un golpe en la mejilla, y entonces principió á reirse de la gracia que había hecho; pero yo me transformé

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en seguida en una cosa terrible, y aunque él estaba más acostumbrado que yo á boxear, á las dos ó tres acometidas le alcancé un puñetazo con toda mi fuerza en la cara y le amoraté un ojo; pero no fué aquélo sólo, y aunque él me hizo sangre en un labio, yo en cambio le dí varios puñetazos en la cara y en el pecho que lo atonté de mala manera.

Es tan viva la imagen que tengo de aquella lucha, que á pesar del tiempo transcurrido me parece que estoy viendo en este momento á Beatriz como corría dando vueltas á nuestro alrededor, mientras mi rival y yo nos estropeabamos á puñetazo limpio. De pronto oímos una exclamación que nos hizo suspender nuestras acometidas.

—¡Alto, bárbaro!—dijo mi rival.

—¡Lady Drew!—exclamó Beatriz á mi espalda. —¡Se han golpeado horriblemente! ¡se han peleado! —volvió á decir Beatriz.

Me volví en seguida y vi á las dos ancianas muy emperifolladas que habían llegado hasta allí paseándose. Beatriz se acercó á ellas con aire de pedirles protección, y se puso á su lado. Nosotros dos estabamos jadeantes y muy abatidos. Las señoras estaban temblando, casi no se atrevían á acercarse á nosotros.

—¿Por qué os habéis peleado de ese modo?—preguntó lady Drew.

—¡Este es Jorge, el hijo de la señora Ponderevo! —exclamó la señorita Somerville, como queriendo poner más en evidencia mi ingratitud y mi sacrilegio.

—¿Y cómo te has atrevido tú á hacer una cosa como esa?—exclamó lady Drew poniéndose muy fea.

—Ha quebrantado las reglas del desafio,—dijo Archie respirando con gran dificultad.—Me resbalé y se echó encima de mí golpeándome en el suelo.

—¿Cómo te has atrevido á hacer eso?—volvió á preguntarme lady Drew.

En vez de contestar saqué el pañuelo de mi bolsillo para limpiarme la sangre de los labios; estaba tan fatigado que no podía hablar una sola palabra.

Beatriz se había puesto detrás de las dos señoras, y miraba con insistencia cómo me limpiaba la sangre que me salía de los labios. Yo seguía callado esperando el resultado de todo aquello; no lograron que pronunciara una sola palabra.

IX

En casa se habló mucho de esta riña, y la honorable Beatriz Normandy me hizo traición cuando apenas había cumplido los diez años de edad; me abandonó, me hizo traición y hasta llegó á cobrarme odio, á pesar de los muchos besos y abrazos que nos habíamos dado. Siguió en buenas relaciones con su hermanastro y á mi me calificaron de tunante y desenfrenado libertino, me calificaron como á un sér peligroso que había que huir de mí como de la peste.

Lady Drew en cambio estuvo bastante razonable, y le dijo á mi madre que no se afligiera por lo que había pasado, porque al fin y al cabo eran cosas de muchachos. Pero mi madre estaba alarmadísima, consideraba aquel acto mío como una gran insubordinación, y por último se decidió á hablarme y me impuso como castigo que pidiera perdón al joven Garvell.

—Anda,—me dijo—ya puedes ir á pedirle perdón.

—No tengo que pedir perdón á nadie—contesté yo muy decidido.

Mi madre se quedó asombrada al oir aquella negativa mía tan rotunda y terminante.

Al ver yo que no contestaba volví á decirle:

—Le digo á usted que no tengo que pedir perdón á nadie ¿me comprende?

—Pues si no quieres pedirle perdón tendrás que marcharte con tu tío Frapp á Chatham.

—Iré donde sea necesario, pero no pediré perdón á nadie; ya lo oye usted.

Y no se lo pedí.

Comprendo que mi pobre madre debió de sufrir mucho aquellos días. Como madre se compadecía de mi suerte, y por necesidad tuvo que ponerse de parte de aquel caballerete, que era de la familia de la señora de la casa, y decirle que sentía yo mucho el haberle pegado tan fuerte. ¡Pero que había yo de sentirlo! al contrario, lo que sentía era no haberle hecho más daño.

A los dos ó tres días de estos acontecimientos subí al coche de Redmood con mi pobre equipaje, sin sentir lo más mínimo lo que había hecho; lo único que sentía era que la honorable Beatriz Normandy me hubiese repudiado, y hubiese huido de mí como se huye de la lepra, y que no se hubiera dignado siquiera salir al jardín para decirme adiós. Indudablemente debió pensar que al fin y al cabo era yo hijo de una criada, y que no valía la pena de molestarse por tan poca cosa...

Durante el camino fuí pensando en cosas que me consolaban y animaban al mismo tiempo; pensaba que algún día volvería á Bladesover con mucho dinero, fuerte y poderoso, algo así como Coriolano. No recuerdo bien los detalles de este sueño, pero es indudable que debía pensar en desplegar mucha magnanimidad...

Lo cierto es que no me arrepentí de haber dado aquella gran paliza al joven Garvell; ni me arrepentí entonces ni me arrepiento ahora.

CAPITULO II

De cómo me ví lanzado al mundo y de lo último que ví en Bladesover

Para castigar mi rebelión me mandó mi madre á casa de su primo Nicodemo Frapp, y después estuve también de aprendiz en el laboratorio de mi tío Ponderevo.

Al poco tiempo de estar en casa de mi pariente Frapp me escapé y volví á Bladesover.

Este pariente Nicodemo Frapp era panadero, y tenía la panadería en una calle estrecha y lóbrega de Chatham. Era un pobre hombre, que andaba siempre con pegotes de masa por cabeza y cara, y que estaba completamente dominado por su mujer, que era mucho más joven que él, bajita y rechoncha, locuaz y más mala que un demonio. Hasta ahora que me pongo á escribir lo que me pasó en aquellos días ya lejanos, no había vuelto á pensar en aquel desgraciado que representaba la tradición perfecta de la servidumbre. Era mi pariente un hombre que ni tenía entusiasmo por vestir bien, ni por la vida, ni por nada; vestía como quería su mujer que vistiera; ella misma elegía la tela, cortaba las prendas y las cosía bien ó mal, y hasta la barba y el cabello lo había de llevar como ella quería, porque ella misma se lo cortaba y arreglaba. Mi madre ya me lo había dicho: